







pescadería

Una mañana de otoño, Fabo llegó al **Mercado Central** y se encontró con Lassadí que iba acompañado de una **gnómida** muy bella: vestía una túnica de dos colores, verde y blanco, falda verde, un gorro grande y puntiagudo también de color verde y lucía una melena rubia que le llegaba hasta la cintura.

Después de saludarse, el gnomo le presentó a Luzmill: Lassadí le comentó que hacía unos días había llegado de Rumanía y que ellos, además de ser amigos, habían trabajado juntos en las minas de **los Montes Cárpatos**.

Luzmill contó a Fabo que, cuando Lassadí le escribía, le explicaba cosas tan “guays” de Zaragoza que había decidido venir a la ciudad para conocerla. Al **duende**, le pareció una **gnómida** muy simpática y sonriendo le dijo: me alegro que hayas venido a pasar unos días con tu amigo “rumaño”.

Después de comer, los tres dieron un gran paseo por el recinto del **Mercado Central Lanuza**. A Luzmill le pareció un espacio encantado el de los alimentos más sanos. De pronto, por megafonía, anunciaron que, a la mañana siguiente, había programada una visita guiada para niños.

Lassadí y Fabo pensaron que, quizás, a Luzmill le “molaría mazo” asistir a ella. Y los dos, en complicidad se lo comentaron; como ella era una gnómida aventurera y genial, aceptó enseguida. Pensó que así, en algún momento, podría utilizar sus poderes mágicos.





A la mañana siguiente, puntualmente, en la puerta principal del **Mercado Central**, los tres amigos estaban esperando para hacer la visita guiada. Unos turistas mexicanos que por allí pasaban, en voz alta, decían que aquel lugar era una de las joyas de la Capital de Zaragoza, fanal del comercio y de la convivencia ciudadana.

Después de un buen rato, los niños llegaron a la fachada principal acompañados por dos monitores. El guía comenzó la visita con un breve saludo de presentación: buenos días, me llamo Máximo les dijo; hoy durante un buen rato visitaremos el **Mercado Central Lanuza**. Estad muy atentos, porque os contaré la historia de un edificio singular, un homenaje a la gente sencilla y al trabajo humano.

En la entrada y a cada lado de la puerta principal, los niños pudieron contemplar dos pares de altas columnas; en sus **capiteles corintios** y sobre hojas de acanto, unos cestos con frutas variadas: granadas, manzanas, limones, peras, ciruelas, uvas y membrillos, grabados en piedra.

Máximo les comentó que se fijaran bien en los **capiteles**, ya que en ellos también había un pequeño escudo con las letras de Z, A, R, A, en los de la parte izquierda y G, O, Z, A, en los de la derecha, para formar el nombre de la ciudad de **Zaragoza**.

Mientras el guía saludaba a un amigo y todo el grupo ensimismado, descubría las letras, Lassadí y Fabo se inventaron un juego: enviaron reflejos de luz sobre las letras de los capiteles y éstas comenzaron a moverse y a cambiar de sitio.



Los niños, fascinados, hablaban entre ellos y señalaban hacia un mismo punto; pero, cuando el guía miró, la magia desapareció al momento.

Los peques contaban, todos a la vez, lo que habían visto: Máximo les dijo que aquello no podía suceder, que probablemente todo había sido un espejismo. Los niños se quedaron silenciosos, muy pensativos...

De nuevo el guía y todo el grupo salieron a la calle y caminaron por la fachada lateral del edificio, hasta alcanzar la puerta por donde entrarían de nuevo al **Mercado**. Un niño elevó la vista y alzando la mano indicó: mirad tres cabezas con alas de abejas. Al momento una niña gritó: pues mi abuelo, en el pueblo tiene más de cien colmenas. Los niños se alborotaron: ¡tenían tantas anécdotas que contar sobre la miel y las abejas!

Para que se calmasen, Máximo relató al grupo la historia de la mitología clásica del caduceo cuya imagen también allí se encuentra; el caduceo –les dijo– está formado por una vara delgada, lisa y cilíndrica, rodeada por dos serpientes enroscadas ascendentes y coronadas por un casco alado, símbolo del dios Mercurio, ornamento famoso del **Mercado Central**; representación protectora de los caminos, de los viajeros, del comercio y la comunicación. Al grupo les gustó tanto la historia que, muy entusiasmados, aplaudieron.





Así que aquel día, por unas horas, además de arte y alimentos, todos verían algo más que una Lonja de Comercio: era un lugar dedicado a transmitir los mejores valores de la humanidad, expresados en una gran labor, en las tareas que contribuyen a la alimentación material y espiritual.

Seguidamente, Máximo, les llevaría hasta los distintos puestos del **Mercado**, donde los detallistas ofrecían al público los más variados productos procedentes de la ganadería y las granjas aragonesas: carnicerías, pollerías, menuceles, charcuterías, encurtidos, verduras y frutas recién cogidas de la huerta: alcachofas, borrajas, tomates, espárragos, cardos, racimos de uvas, melón, sandía, frutos secos y también pescados frescos y congelados, pan tierno y los dulces más ricos y famosos del lugar. *Todos ellos alimentos especiales de la dieta mediterránea.*

El recinto también poseía puestos de flores y aderezos para embellecer la vista, y unos bares estupendos.

Todo el grupo estaba fascinado, asombrado.

Y, en aquel preciso momento, fue cuando Luzmill sintió una intensa luz que traspasaba su cuerpo; los rayos del sol entraban por todas las cristaleras del edificio y ella comenzó a elevarse... Nadie se dio cuenta, pero la gnómida volaba y volaba por todo el recinto, majestuosamente, como una mariposa...

Algunos niños comenzaron a alborotarse, decían que habían visto cómo las serpientes de los caduceos se movían; otros habían sentido soplidos y voces en los oídos.



El guía, de nuevo, les pidió silencio, Fabo y Lassadí se miraron compinchados, sin duda había sido Luzmill y su magia la causa de aquel incidente fortuito.

De pronto, unas cuantas niñas levantaron los brazos y apuntaron a lo alto se habían fijado en unos grandes tarjetones de esmaltes que llenaban de color el espacio: aquello les pareció una pasada.

Y para finalizar la visita y antes de despedirse, Máximo les explicó, con detalle, toda la ornamentación del edificio y los materiales utilizados combinando la piedra, el hierro y el cristal. También verían los elementos arquitectónicos, las galerías de arcos y la decoración escultórica alegóricas a la agricultura, la carne, la pesca y el transporte.

Al mediodía, los niños regresaron al colegio agotados; pero, muy satisfechos con la visita y las estupendas explicaciones del guía; también, por la magia que habían sentido en aquel inigualable recinto. Y, como tarea para el día siguiente, entregarían al profesor una redacción de aquella magnífica y enriquecedora experiencia.

En estos tiempos, las nuevas tecnologías son una ventaja, ya que los niños mientras juegan se instruyen y aprenden más fácilmente que las anteriores generaciones; sin embargo, se está perdiendo el quedar para conversar personalmente.



**El Mercado Central** es el edificio donde habitan los elementos que nos hacen estar más activos y alegres: las semillas, el agua del río Ebro, la tierra, el medio ambiente y la unión del trabajo y el compromiso de muchos seres; es esencial para que los alimentos fructifiquen y después se comercialicen a través de un colectivo pleno de tenacidad, ilusión y confianza.

Por todo eso, Luzmill decidió quedarse en Zaragoza y para vivir eligió el **Mercado Central Lanuza**. Así, queridos niños, cuando veáis que el edificio se ilumina, sentís murmullos, os soplan en los oídos y los caduceos alteran sus formas son Luzmill, Lassadí y Fabo que, con su magia, os agradecen la visita.



# EL ENCANTO DEL MERCADO CENTRAL LANUZA

© Pilar Hernandis Herrero  
Textos: ©Pilar Hernandis Herrero  
Ilustraciones: ©Jose Bailacher

Depósito Legal: Z 1465-2019.

Imprime:  
Navarro & Navarro Impresores  
Corona de Aragón 28, local, 50009 Zaragoza

Asociación de detallistas  
del Mercado Central



**GOBIERNO  
DE ARAGON**